

preciase habríalo arreglado todo de manera que no pudieseis llevar mi apellido.

—Es que ese apellido es lo que me queda de una unión de que estaba orgullosa...

—Si tan orgullosa estabais, ¿por qué no permanecisteis conservándolo sin mancha?

—¡Ah!—balbució Valentina cayendo de rodillas.—¡Lo sabéis todo!

—Levantáos. ¿Qué se figurarían si os viesen así?

—Sois implacable.

—No soy tan cruel como otras personas, podéis estar segura de ello. Si tenéis penas que no me confiasteis, emplead vuestro orgullo, ese orgullo de que hablabais hace un momento en disimularlas. Respecto á ese punto puedo poner un ejemplo.

—¿Cuál?

—El mío.

Levantóse Valentina esperando hallar en el rostro de su esposo alguna emoción.

—¡Decíais que lo sé todo! No sé nada; como no sea que necesitabais toda vuestra libertad y os la devolví; ¿es ó no cierto? Una sola razón habríame podido hacer variar de conducta: un escándalo. Lo cortasteis y os lo agradezco infinito. El apellido que lleváis, es un apellido honrado. Mucho os agradezco que no lo hayáis arrastrado por el lodo; y ahora, ¿qué más queréis que os diga? ¿A qué conducen inútiles explicaciones que sólo servirán para abrir mal cicatrizadas heridas? ¿no es esa vuestra opinión?

—No.

—¿Qué es lo que esperáis?

—Que á mi vez quiero saberlo todo,—replicó acaloradamente la Condesa.—La vida que llevo es intolerable. Sois una esfinge, y vuestra mirada hiela mi sangre en las venas; quiero conocer vuestro secreto.

—Hacéis muy mal. Porque si os oculto alguna cosa, es porque os tengo lástima, Valentina.

—No quiero que me déis pruebas de esa compasión cruel que hace daño. La incertidumbre que me agobia es el peor de los males, ¿tanto me odiáis que no os atrevéis á darme?

—Confieso que en los primeros tiempos experimenté una cólera terrible; pero el tiempo que calma tempestades más furiosas, se encargó de calmar esa ira. Ultrajado por vuestra conducta creí que debía castigar, y no me atrevo á revelaros el castigo por temor de causaros mucha pena.

—¿Será mayor que la que experimento á causa de vuestro abandono?

—¡Quién sabe!

—Pues bien, hablad; por muy grande que sea el dolor que me produzcan vuestras palabras, os bendeciré por vuestra franqueza.

—Si cedo y hablo, ese resto de tranquilidad de que hoy gozáis y que os concedo, desaparecerán; y así como ahora os arrojáis á mis pies para pedirme que ceje en mi propósito, entonces derramaríais lágrimas de sangre para pedirme que retirase mis palabras.

—¿Qué es lo que queréis decir?—preguntó la Condesa.

—Tal vez, y á pesar de todo, tengáis razón. La hora de las explicaciones ha de llegar antes ó después, ¿exigis que hable?

—Os lo suplico.

—Sea; ese secreto me pesa también á mí, ¿os acordáis, Valentina, de las protestas de amor que me hicisteis durante ese fatal viaje que me impuso mi deber, y de las cartas que me escribisteis? ¡Me jurabais amarme siempre y no amar á nadie más que á mí! ¿No teníais un pensamiento, una mirada para otro? Vuestras cartas mentían, ¡teníais un amante! lo supe y me vengué con tanta crueldad, que á veces no puedo menos de deplorarlo.

—¡Acabad, por Dios!

—¿Os acordáis del 27 de marzo de 1858?

—¡Sí!

—Estabais en Morville; vinisteis aquí á profanar esta modesta casa en la que murió mi santa madre y en donde exhaló su último suspiro mi padre, hombre noble y honrado. Aquí disteis á luz haciendo que desapareciese la prueba de vuestra falta.

—¡Me vendieron!

—¡No! Fue la casualidad la que me dió á conocer el hecho.

—¡Perdón!

—Entonces fue cuando debisteis pedirme-lo, no ahora. A la media noche disteis á luz una niña, y esa bastarda vive bajo el mismo techo que mi hijo.

—¡Tenedme compasión!

—¡Vacilo en heriros, tan profunda temo que ha de ser la herida!

—¿Qué es lo que tenéis que decirme?

—Esa joven, á la que tanto queréis, á la que educasteis...

—¡Marta!—exclamó la Condesa.

—No es vuestra hija.

Valentina se puso en pie.

—Si no fueseis vos el Almirante Kerhoët quien habla, os diría que mentis. Si, confieso que Marta es mi hija.

—¡No!

—¡Probadme lo contrario!

—Es muy fácil.

Ni un solo instante había perdido el Almirante su impasibilidad, y sucediese lo que quisiese en el fondo de su alma, no se revelaba nada en su fisonomía fría.

—Puesto que tanto empeño tenéis en saberlo todo, tened alma y escuchadme con paciencia. Seguid mi ejemplo. Vale más que acabemos de una vez, ya que como supongo vinisteis con ese objeto. En la noche del 27 de Marzo estaba yo ahí, oculto en ese cuarto, muy cerca de vos, oí el único grito que os arrancó el dolor. En vuestra habitación y á dos pasos de mí, hallábase una mujer, Benita, y un hombre, el doctor Montel.

—¡Vuestro amigo! ¿Y Benita no os reconoció entonces?

—Ni por un solo instante se figuro nada, ni me vió, ni lo supo. Cuando nació vuestra hija me la entregaron en ese gabinete. Era una niña como la que traje por la torrecilla.

—¿Decís que otra niña?

—Sí, la hija de una pobre mujer del pueblo que me la cedió, vendió si queréis, importa poco la palabra, el resultado es que cerré un trato con esa mujer. El dinero con su poder permite muchas cosas. Quería que llegase un día en que pudiese deciros: *Me robasteis el honor, la tranquilidad, destruyendo la felicidad de mi vida que confíe en vuestras manos emponzoñando una existencia sin reproches, y os devuelvo mal por mal.* Sí, os robé á vuestra hija y expulsé, porque para hacerlo tenía derecho, á esa extraña de mi familia en donde queriais introducirla, y lo hice sin dar ningún escándalo. Desde lejos vigilaba mi casa y sabía cuanto pasaba en ella, ¿por qué medios? No hacen ahora al caso, y lo que me figuré sucedió. No puedo por menos de reconocer las buenas cualidades de Marta, que parece haber nacido para el papel que desempeña. Hija de humildes padres, ocupa un puesto que muchas semejantes suyas envidiarían, y del que es digna por su instrucción, honradez y modestia, reuniendo todas las condiciones necesarias para agradaros, por lo que os ruego que no la retiréis vuestra protección.

Dijo el Almirante estas últimas palabras con mucha dulzura, pero cada una de ellas caía como plomo derretido en el corazón de la Condesa.

—¡No! ¡No puedo, no quiero creerlos!— exclamó con extravío.—¿Queréis ponerme á prueba! ¡Lo que me contáis es imposible!

De ese modo tratáis de averiguar mi secreto y obtener una confesión. Me habéis arrancado esa confesión. ¡Marta es mi hija! Me someteré á cuanto me exijáis, la alejaré de esta casa, ocultándola en una choza, y allí al menos me será permitido hablarla, diciéndola lo que siente mi corazón. ¡Tened compasión de mí, Jacobo! ¡Qué amargamente expié esa falta! Marta es inocente. ¡Decidme, por Dios, que no es verdad! ¡Que es un lazo que me tendéis!

—No acostumbro jamás á mentir. Os dije la verdad sin ocultaros nada.

—¿Marta?

—No es vuestra hija.

—¿De quién lo es?

—De un hombre, al que no conozco.

La Condesa quedóse durante un momento sin saber lo que la pasaba.

—Pero mi hija, ¿dónde está?

—Es muy sencillo, Marta ocupa el puesto que la estaba destinado, y desempeña, por necesaria reciprocidad, el papel que la tocaba á la que reemplaza.

—De manera que mi hija vegeta quizá en la pobreza.

—Lo mismo que las hijas del pueblo, trabaja para ganarse la vida.

—¿Dónde?

—¿Por ventura creéis que lo tuve oculto hasta ahora para revelároslo en el momento y en el día en que se os antojase?

—Es una infamia lo que estáis haciendo.

—¿Lo creéis así?

—¡Y además una cobardía!

—Acusadme si os atrevéis, creerán que os habéis vuelto loca.

—¡Oh! ¡Qué desdicha la de no poderse defender!— murmuró Valentina desesperada.

—Tened mucho cuidado, señora, que podrán oiros.

—¡Ah! ¡mi hija! Robármela, privarme de su compañía, es un acto execrable.

—¿No podéis decir ni una palabra, exhalar ni una queja sin ostentar públicamente vuestro deshonor?

Levantóse el Almirante, y apoyándose en la chimenea quedóse silencioso. Su actitud era altanera y desdeñosa, mientras que la de Valentina, revelaba lo íntimamente convencida que estaba de su propia debilidad.

—Me acusáis de un crimen,—dijo el Almirante,—¿y cómo juzgáis vuestra conducta? ¿Quién os obligó á casaros conmigo, á prometerme con juramento que nadie os pedía y que pronto olvidasteis, una felicidad que no queríais guardar? Era á vos á quien os idolatraba con toda la lealtad de mi alma, y por vuestro cariño hubiera sacrificado la vida de á bordo, á la que amaba apasionadamente. No quisisteis aceptar mi sacrificio y tuve que acceder á vuestros deseos retirando mi dimisión, y esto hizo que os estimase cien veces más que antes. Entonces pasé años que me parecieron cortos de una dicha que no olvidaré jamás; os debo esa dicha y á ese recuerdo es preciso atribuir mi silencio, mi voluntario destierro.

La emoción vencióle al cabo. Con voz vibrante continuó:

—Es difícil encontrar un hombre cuyo corazón latiese á impulsos de una pasión más avasalladora que la mía.

—¡Jacobo!

—Sí, y mientras tanto que yo permanecía fiel á ese único amor que personificábais vos y servía á mi patria pasando largos meses en las ansiedades, peligros y trabajos de un deber valerosamente cumplido, vos, la condesa de Kerhoët, os entregabais á no sé qué amante, á uno de esos desocupados para los que es cosa de juego deshonar á una mujer. ¡Qué! ¿Habíais creído que dejaría ese insulto sin represalias? Sería juzgarme muy mal. ¡No me habléis de vuestros sufrimientos ni de vuestras torturas! Acordaos, señora, de que el amor, cuando es fuerte y único como el mío, no muere sin convulsiones; que, ¿los desgarramientos del corazón de un hombre no son tan dolorosos como los de la mujer? Quise castigar y escogí la pena que se presentaba al alcance de mi mano, la más terrible de todas, porque aun en aquellas horas en que me dominaba la locura de la venganza, no os despreciaba lo bastante para suponer que no teniendo respeto al honor de esposa, no tendríais tampoco el corazón de una madre, y ese grito que hace un momento salió de vuestra alma me prueba que acerté en mis previsiones.

La Condesa le cogió una mano.

—Ahora escuchadme á mí,—dijo,—no me

defiendo; si falté, fui imprudente y cobarde, no os podéis formar idea de lo que me sucedió. El aislamiento es terrible, hay momentos en que se pierde la cabeza, extravíase la razón y amenaza la locura. Tal vez no querréis creerme, Jacobo, pero jamás amé á otro hombre que á vos, por más que sea cierto que una imprudencia me deshonoró. Aun cuando os contase cómo fue, creeríais que era mentira; me castigasteis y no me quejo; pero, ¿no era bastante pena el alejarme de vuestro lado, haciéndome sentir vuestro desprecio sin concederme ni siquiera el honor de una explicación, ó de manifestarme vuestra indignación? ¡Condenadme á mí! ¡Imponedme todas las condiciones que queráis, por duras que sean, me someto de antemano á ellas, y os juro que no intentaré siquiera resistirme! Pero mi hija, ¿qué hizo para merecer vuestros reproches? Ya estáis viendo que no intenté siquiera darla un puesto en la familia, porque Marta no es ni más ni menos que una criada. ¡Acordaos, Jacobo, de lo que os amé, de lo que aún os amo, y no os mostréis cruel y despiadado conmigo!

—¿Tuvisteis compasión de mí?

Arrodillóse á los pies del Almirante. Inclínose éste para levantarla, y á no haber estado emocionada, se apercibiera de que su esposo se ablandaba al calor de sus súplicas.

—¿A qué pruebas queréis someterme para que os convenzáis de lo verdaderos que son mis remordimientos?—añadió la Condesa.—

Hace veinte años que estoy arrepentida. ¡Veinte años es una vida entera!

Quedóse pensativo Jacobo de Kerhoët y pasado un instante respondió:

—¿Qué es lo que quiero? ¡El nombre de vuestro cómplice!

Al oírle púsose lívida la Condesa. Hasta entonces había defendido á su hija contra su marido, y á la sazón tenía que defender á éste contra sí mismo.

—¿Y de qué os servirá el conocer ese nombre?—replicóle.

—Eso es cuenta mía.

—Escuchadme, Jacobo, es un hombre que pertenece á nuestra clase, y estoy segura de que cuando le conozcáis, con un pretexto cualquiera le provocaréis, y á la provocación seguirá un duelo. En ese encuentro podéis morir, y no quiero que perdáis la vida, ¡algún día volveréis á mi lado! ¡Confío en ello!

—¿Tan humilde es vuestro amante?—dijo el Almirante con profunda amargura.

—Es un hombre sin honor, cuya única ocupación consiste en hacer daño, tirar al sable, al florete ó al blanco, un ser inútil por el que no podéis comprometeros.

—¿Y qué os importa?

—¡Sois implacable!

—¡Su nombre!

—No me creéis, lo comprendo, y sin embargo os digo la verdad; sí, os amaba y caí en una emboscada, y allí tuve miedo del escándalo con que me amenazaban, y tuve un acceso de locura.

—¡Su nombre!

—Creí que ese hombre era leal y me perdió; tanto él como yo somos unos miserables, y vuestra vida vale mucho más que las nuestras. Por mí os batiréis con él.

—¡Su nombre!

—¡No os lo diré! No puedo ni debo decirlo, pero os juro que no quería engañaros.

—Su nombre, y si me lo decís puede que os crea.

Cruzó la Condesa las manos en ademán de súplica, y murmuró:

—¡Te estoy defendiendo á ti!

Miróla el Almirante, y con acento glacial replicó:

—¡Dejadme á mí ese cuidado!

—Pues bien, me callaré.

—Conformes, guardaré mi secreto, guardad el vuestro ya que tanto empeño tenéis.

Pasóse la Condesa la mano por la ardorosa frente.

—Creo que va á estallar mi cabeza,—balbuceó,—y que me voy á volver loca. ¡Dios mío! ¿Qué hacer?

De pronto se reanimó como si la hubiese ocurrido una nueva idea.

—Creo que no obrasteis solo, que debisteis contar con la ayuda de alguien para llevar á cabo esa obra de venganza. Desde luego contasteis con el Médico, que me acuerdo estaba allí. Soplabá con furia el viento, viento de tempestad que hacía crugir los techos y rechinar las veletas en medio del silencio de la noche. El doctor Montel es el único

que pudo ayudaros, le veré y hablaré, y conseguiré lo que me propongo, siempre fue muy bondadoso y me trató con cariño.

—El doctor Montel tiene conciencia,—dijo interrumpiéndola el Almirante.

—Sí, es cierto; pero hablará. Es un hombre, y ese secreto debe pesar mucho sobre su alma. Voy ahora mismo,—dijo Valentina dirigiéndose hacia la puerta.

—No os mováis, que viene alguien.

Así era; en el mismo momento llamaron precipitadamente á la puerta.

—¡Adelante!—dijo el Almirante.

Presentóse el marinero Trediou.

—¿Qué ocurre?

—Que os envían á buscar, mi Almirante.

—¿Quién?

—El señor Jorge.

—¿Le ha pasado alguna cosa?

—No, mi Almirante, vuestro hijo está en casa del doctor Montel y os aguarda.

—¿En casa del Médico?

—Sí, mi Almirante.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que el Doctor está muy malo, quizás haya muerto á estas horas.

—¡Antonio muriéndose!

—Según parece, ha muerto de repente, esa es la verdad, mi Almirante.

—Voy en seguida.

Contestó el conde de Kerohët y acudió presuroso al mismo tiempo en auxilio de la Condesa, que se tambaleaba y caía medio desvanecida en un sillón.

—Manda á Benita que venga,—ordenó el Conde.

El marinero se retiró.

—Reanimáos, señora,—dijo el Conde á su esposa.—Tened valor y guardad vuestros dolores para vos sola, ¿acaso fui contando los míos á alguien?

Alejóse con rápido paso dejando á la Condesa medio desmayada entregada á los cuidados de la provenzala, que había acudido.

## XX

El Marqués de Breynes se dirigió hacia la *villa* habitada por los duques de Rouévres, y al entrar en ella estregábase muy satisfecho las manos creyendo haber descubierto una mina. Lo importante para él era no perder tiempo y tomar posesión cuanto antes.

Empujó la enverjada puerta, y la primera persona que vió en la terraza fue á la señorita de Restaud, sentada en un banco y entregada á cavilaciones, que á juzgar por su ceño cejijunto y contraído, no debían tener nada de agradables. La ira hacia centellear su mirada, la cólera hervía en su pecho.

El Marqués la tocó con mucha delicadeza en un hombro, y por muy ligero que fuese el choque determinó la explosión.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—dijo con acento mordaz.—Precisamente deseaba veros.

—Sin duda para abrumarme con vuestros reproches,—replicó el Marqués con acento irónico.—Podéis seguir cuando gustéis, qué, ¿fracasa vuestro plan?

—¡Ah!—murmuró Elena haciendo un gesto de disgusto.—¿Qué vergüenza!

—¿Qué! ¿Se muestra reacio el futuro?

—¿En qué abismo de infamia me metí?

—En un abismo moral, se entiende, hermosísima amiga. Creo que es eso preferible á verse en una angustia continuada, como vuestro servidor, perseguido y acorralado por una jauría de rabiosos acreedores.

—¿Y gracias á quién?

Inclinóse el Marqués casi hasta tocar con sus labios la sonrosada oreja de la joven.

—¿El culpable, el feliz criminal, el ladrón de la honra, no está pronto á reparar su falta?

—¿Quién? ¿Vos?

—¡Yo!

—¡Me inspiráis horror!

—Me parece demasiado fuerte lo que decís. No siempre sucedió lo mismo.

—Llegar hasta el extremo de mentir apellidando á una falsedad, y no retrocediendo ante nada por indigno que sea para cubrir el oprobio con un apellido respetable y robar ese apellido valiéndose de una infame estratagema, me parece siempre que es la última de las villanías. ¡Ahí tenéis á donde me condujisteis! He llegado á tal extremo que